

Escribe: ALBERTO MORAVIA

LA Paz. Al igual que hay un África árabe, un África negra, un África blanca, también hay una América latina blanca e india (Perú, Guatemala, Ecuador, Bolivia), una América latina blanca y negra (Cuba, Antillas, Brasil) y, finalmente, una América latina totalmente blanca (Chile: hispano-germánica; Argentina: hispano-italiana). Los problemas de estos países son diferentes no sólo por motivos sociales y económicos, sino también por razones culturales. Las razas no cuentan, pero las culturas, es decir, los diversos modos de ver el mundo, elaborados y mantenidos a lo largo de los siglos, determinan el carácter y, consecuentemente, la historia de los pueblos. Naturalmente, hay creencias universalistas, religiosas o políticas, que no tienen en cuenta estas diferencias culturales,

te, emparentado con los mongoles y con los turcomanos. Su tez varía entre el cacao de fondo rojizo y el moreno cobrizo. Sus ojos suelen ser oblicuos. Su pelo, negro. No tienen barba. Su nariz es aguileña, pero con ventanas bastante grandes. La boca es igualmente grande, y el labio inferior parece colgar.

Los indios, subyugados y conquistados por los españoles, han reconocido la superioridad de los conquistadores al abandonar su religión, sus costumbres y, hasta cierto punto, sus lenguas, para adoptar las de sus conquistadores. Pero introduciendo en todas ellas elementos de sus tradiciones y, sobre todo, aceptando creencias y costumbres con la pasividad incomprensiva y obtusa del siervo que se ve obligado a imitar a un patrono al que ni comprende ni ama. No vamos a hablar de la

se expresan nuestra catástrofe y nuestra opresión».

¿Por qué nos hemos extendido tanto al hablar de los indios bolivianos? Porque tienen la característica desconcertante y perversa de ser los auténticos «sujetos» de Bolivia, aun cuando se ven obligados, al menos por ahora, a ser desesperadamente «objetos». Dicho de otro modo y esquematizando un poco, la lucha política en Bolivia la han librado y la siguen librando dos grupos de blancos: los que quieren mantener el «statu quo» y los que aspiran a cambiarlo. Los indios, al menos hasta ahora, han sido espectadores, salvo en algunas zonas; por ejemplo, en las mineras en que trabajan. En realidad, los indios son casi todos campesinos, y entre los dos grupos blancos en lucha saldrá victorioso el que hará que los indios den el gran paso de la

revolución industrial. Y es que mientras esta revolución se siente en otras latitudes más o menos como una necesidad de los pueblos subdesarrollados, aquí en Bolivia los indios, al menos por ahora, no parecen estar muy preocupados por este problema. Mientras tanto, casi todos son analfabetos y, por otro lado, autosuficientes y autárquicos: desde los vestidos hasta los alimentos, todo se lo hacen ellos mismos. Por último, sólo hablan o entienden el español una parte de ellos, y casi siempre se comunican entre sí en sus propias lenguas, el quechua y el aimará. Naturalmente, todas estas características podrían cambiar en cualquier momento. Pero este cambio sería, precisamente, la revolución de la que tanto se habla en Bolivia.

Dejemos ahora a los indios bolivianos y trasladémonos al mar

ESFINGES DE PIEL ROJA

como, por ejemplo, el catolicismo y el comunismo. Pero no las tienen en cuenta de modo, digamos, abstracto. Una vez enfrentados con la cruda realidad, también el comunismo y el catolicismo abandonan en parte sus exigencias universalistas.

El problema particular e irracional de los llamados indios, es decir, de las poblaciones precolombinas de América latina, es el que ha dado mayores desilusiones, primero, a los colonizadores católicos; luego, a los patriotas liberales, y, por último, a los comunistas. Tomemos como ejemplo a Bolivia, donde los indios constituyen el ochenta por ciento de la población.

En ningún país blanco-indio de Latinoamérica, ni en la pequeña Guatemala, ni en México, donde hay tanto mestizaje; ni en el adormecido Ecuador, ni en Perú, tan parecido a Bolivia por otro lado, los indígenas se presentan tan aislados, tan refractarios, tan inasimilables, tan desconfiados.

El sombrero hongo

Describámosles un poco. Obviamente, se trata de un grupo étnico asiático y, más exactamen-

te, contaminación de la brujería con el catolicismo, de «los dioses» con el Dios cristiano.

Vamos a referirnos, sin embargo, al modo de vestirse de los indios. Es, quizá, la cosa que más sorprende al que visita Bolivia por primera vez. Los hombres llevan poncho, versión andina, quizá, de la original capa española. El vestido de las mujeres es más complicado y más mimético. De las damas colonialistas del seiscientos han adoptado las faldas floreadas de crinolina, así como la mantilla, también de colores muy vivos, con que se cubren el pecho y los hombros. El «sombrero hongo» que las mujeres llevan sobre sus trenzas, imita a los de los caballeros españoles del ochocientos. Ahora bien, este traje, que no fue, hace tiempo, más que una simple imitación, se ha convertido en una máscara inmóvil. En Europa hace ya dos siglos que no se usa la crinolina, casi uno que no se lleva «hongo»; pero los indios se han inmovilizado en esta moda que ya no es moda, con una fijeza conservadora e inconscientemente acusadora, como diciendo: «Nos quisisteis así. Pues así seguiremos siempre. En nuestro folklore



El sombrero hongo que las mujeres llevan sobre sus cabezas es una imitación del que usaban los caballeros españoles del ochocientos. La moda se ha quedado anclada hace un siglo...

del Caribe. En la isla de Cuba se ha realizado una verdadera revolución después de las muchas revoluciones solamente verbales de que se ve afligida América latina. La revolución ha sido, ciertamente, obra del pueblo cubano; pero la presencia de un hombre excepcional, queremos decir Fidel Castro, le ha impreso características particulares. La principal de estas características es que la revolución a que nos referimos comenzó siendo libertaria y terminó siendo marxista. Es dudoso que esta transformación hubiese podido realizarse sin Fidel Castro. Por otro lado, ha sido precisamente esta transformación la que, al oponer a Estados Unidos y a la Unión Soviética, ha permitido el mantenimiento de la revolución. El haber comprometido a dos países tan poderosos como la URSS y USA en los

En gran parte de Sudamérica se producirá la revolución si los indios quieren hacerla. Pero, ¿quiénes son los indios, cómo viven, a qué creencias obedecen?



asuntos internos de su isla ha sido labor exclusiva de Castro. En este sentido, puede considerarse a Fidel como un político de primera magnitud, al mismo tiempo realista e inventivo, valiente y precavido.

Pero la operación realista consistente en tener en jaque a Estados Unidos con las armas y la protección soviéticas, ha sido consecuencia de un ambicioso y grandioso ideal. Fidel Castro no ha querido ser sólo jefe de un pequeño país comunista como Bulgaria o Mongolia. Ha querido ser un protagonista mundial, y para ello ha querido que Cuba se transformase en un trampolín para la revolución en toda la América latina. La figura de Fidel Castro resulta así bastante compleja. Según las apariencias, se trata de un político astuto, realista, prudente, de corte clásico. Pero, al

mismo tiempo, es un hombre de acción dotado de una imaginación impaciente, intrépida e inquieta. Al primero se le debe la victoria sobre Batista, la lucha contra Estados Unidos, la adhesión al marxismo, la alianza con la URSS. Al segundo, la idea fatal y abstracta de que Cuba no es más que un primer paso hacia la revolución total de Latinoamérica. Esta idea no está necesariamente ligada a la revolución cubana, tan particular y tan especial. En todo caso, ha nacido del mito del castrismo. Ahora bien, un mito puede ser una fuerza política enorme, aunque difícilmente controlable y calculable. La singularidad de la revolución cubana es que, en cierto momento, se ha encontrado a un hombre dispuesto a «vivir» el mito.

La trágica aventura de Ernesto «Che» Guevara, según nosotros,

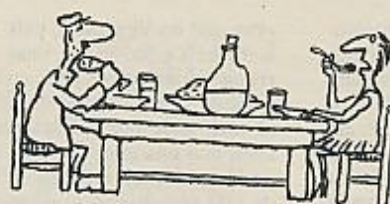
debe considerarse como el prolongamiento y la dilatación mitológica de la triunfante y realista revolución cubana. Dicho de otro modo: a pesar de su experiencia de revolucionario profesional, a pesar de su minuciosa práctica militar y táctica, el «Che» fundó su empresa casi únicamente sobre la base del mito castrista. El fiarse de un elemento tan irracional como un mito es lo que hace del «Che» precisamente un héroe. Añadamos que, para nosotros, héroe, por lo menos en este caso, no quiere decir hombre político, aun cuando éste sea heroico.

Como Cortés y Pizarro

Mientras tanto, ¿por qué Bolivia? ¿Por qué no Guatemala, tan cercana, con dos grupos de guerrilleros, el de Montez y el de Ion Sozo, en plena actividad?

¿Por qué no Venezuela, país también del Caribe y con unas guerrillas persistentes? ¿Por qué Bolivia, en suma, carente de salidas al mar y de comunicaciones fáciles, con una gran masa de campesinos, que la reforma agraria de 1952 transformó, al menos psicológicamente, en propietarios conservadores, donde la subsistencia se ve dificultada por el clima tropical o alpino y, sobre todo, con una población rural muy rarefacta? Alguien ha dicho que el proyecto del «Che» tenía su racionalidad: crear tantos «focos» o grupos revolucionarios en diversos lugares de Bolivia; y a partir de ahí, extender el movimiento revolucionario a los países confinantes con el «corazón» de Latinoamérica: Perú, Chile, Paraguay, Brasil, Argentina. También dijeron que si no hubiese sido por la traición de tres de

BOSC



BOSC

ESFINGES DE PIEL ROJA

sertores bolivianos, el plan podría haber tenido pleno éxito, sobre todo debido a las características de la zona de Nacahuazu, auténtica fortaleza natural. Hay también quien achaca el fracaso al hecho de que los comunistas de confesión soviética retirasen el apoyo prometido en el último momento.

Pero en nuestra opinión, el fallo está en que el «Che» Guevara intentó la conquista de la inmensa Bolivia con el mismo espíritu de heroísmo individual y absurdo con el que Cortés, siglos atrás, intentó (y consiguió) la conquista del inmenso México. También el «Che» quemó sus barcos; y no es pura casualidad el que en el último comunicado del ELN se dijese: «¡Victoria o muerte. Volvemos a las montañas!». Naturalmente, Cortés, Pizarro y los demás conquistadores eran unos aventureros de otra época, mientras que el «Che» Guevara era un revolucionario moderno. Pero el punto de semejanza entre ellos es esa particular forma de heroísmo consistente en intentar lo imposible por amor precisamente a esa imposibilidad. Ernesto «Che» Guevara conocía muy bien Bolivia, porque había pasado allí bastante tiempo; sabía que la revolución castrista sería difícil de trasplantar a ese país. Pero precisamente por eso lo intentó. Quizá actuaban dentro de él arquetipos ancestrales. Hernán Cortés había conquistado un imperio con pocos hombres y pocas armas; el «Che» quería hacer lo mismo con todo un continente. Sin embargo, el «Che» venía de lejos, y su empresa, aunque apoyada por la racionalidad francesa de la teoría de la violencia armada desencadenada en el interior de la violencia ideológica que Régis Debray ha expuesto en su ensayo «¿Revolución en la revolución?», su empresa, repetimos, por desprecio de la realidad, desafío a lo imposible, heroísmo individual, dureza para con sí mismo y los suyos, puede compararse sólo a las que cuatro siglos antes habían permitido a un puñado de españoles someter a toda la población india de América. Ernesto «Che» Guevara quería compensar a los infelices indios de los daños que les habían infligido sus antepasados blancos, y quería hacerlo liberándolos; pero, al parecer, es más fácil someter a los hombres que liberarlos. El heroico Cortés triunfó; el heroico Guevara ha fracasado.

En el día de San Ernesto

Un artista tiene éxito cuando escribe un buen libro, cuando pinta un bonito cuadro: el éxito

material no cuenta para nada. Pero un político tiene éxito sólo —y permítasenos la perogrullada— si tiene éxito. El «Che» no tuvo éxito como político; Fidel Castro, por el contrario, sí lo tuvo. Pero hemos dicho que el «Che» no era un político, sino un héroe. Y los héroes, a diferencia de los políticos, pueden tener éxito muriendo.

La muerte de Ernesto «Che» Guevara ha sido más eficaz que su acción, más convincente que sus libros, más conseguida que su vida. Al mito de Castro se ha sumado así el mito del «Che». Un mito que tiene ya su iconografía propia: el «Che» con su boina de comandante guerrillero; el «Che» muerto, desnudo hasta la cintura, barbudo, con largos cabellos y con los ojos vitreos y una sonrisa en los labios, muy semejante a los Cristos afligidos de las iglesias de Yucatán y de Guatemala, de cera o de madera pintada, pero con barba y pelo auténticos. Ahora se plantea la pregunta: ¿Son útiles, son necesarios los héroes? ¿Son útiles, son necesarios los mitos que provocan, los modelos que sugieren?

Desde un punto de vista histórico, precisamente porque América latina es un continente que lo han hecho y deshecho individuos heroicos, y a pesar de ello sus pueblos siguen estando entre los más infelices del mundo, se diría que no. ¡Cuántos héroes en las revoluciones sudamericanas, empezando por los precursores mexicanos, todos debidamente pasados por las armas! Y, por el contrario, ¡qué raros son los hombres como Castro, es decir, políticos que son, al mismo tiempo, hombres de acción, pero con un valor no desprovisto de realismo! No obstante, es inútil hacerse preguntas semejantes que, en el fondo, dan a entender que la realidad debería ser diferente de lo que es. Latinoamérica es un continente de tradición española, es decir, individualista. No es simple casualidad que los únicos que poseen un espíritu comunitario son precisamente los indios, es decir, los «objetos», que, en realidad, deberían ser «sujetos». Pero el «Che», quizá, con su muerte, podrá atraer a los indios que no pudo atraer mientras vivía.

Ya han notado la misteriosa coincidencia de que el presidente Barrientos, que, al parecer, fue el que ordenó la ejecución del «Che», muriese en accidente de helicóptero, precisamente el día de San Ernesto. No queda más que esperar. Pero si la revolución llega a realizarse, será una revolución que tendrá más que ver con el romanticismo libertario e individualista del «Che» que con la racionalidad de Régis Debray.

■ ALBERTO MORAVIA.

© "L'Espresso"-TRIUNFO 1970.